

AGUSTÍN FERNÁNDEZ MALLO

Madre de corazón atómico

Barcelona: Seix Barral, 2024.

CÉSAR CARRASCO GARCÍA

UNIVERSIDAD DE MURCIA (ESPAÑA)



Agustín Fernández Mallo

Madre de corazón atómico



El paratexto ha sido el elemento contextual más estrujado por los autores menos serios a lo largo de la historia literaria. Con función referencial, expresiva o poética, los títulos de las obras son la puerta de acceso a un *otro mundo* que estamos a punto de conocer. Desde ese desestabilizador *Pierre Menard*, autor del *Quijote*, Jorge Luis Borges nos enseñó con su particular escepticismo a desconfiar del título de una obra y ponerlo en cuarentena (la alusión a Borges no es casual: Fernández Mallo lo revive y lo considera padre de la poética que encarna). En España y en nuestra contemporaneidad, Sara Mesa suele presentar nombres semánticamente ambiguos donde quepa un cuestionamiento absoluto de conceptos preconcebidos (véase *Un amor*, *La familia*).

Es curioso el caso de *Madre de corazón atómico* (Seix Barral,



2024). Agustín Fernández Mallo, en contra de lo que la inocente intuición del más inocente lector pueda dictar, habla de un padre y no de una madre, de un cerebro en lugar de un corazón, de algo biológico, natural y humano que precede y desborda lo que la ciencia termofísica pueda descifrar: se suma, así, a la larga lista de trampantojos paratextuales. La elección del título viene explicitada en la obra: es el nombre de un álbum de Pink Floyd, una descontextualización de un objeto de consumo, una anécdota más de la incierta arbitrariedad de la vida. Aun así, nada es aleatorio en la obra de Fernández Mallo: todo tiene una conexión cuántica y fácticamente posible en su extraordinaria mente de físico-escritor y, resolviendo la ecuación, es posible establecer una significación del título desde una lógica complementaria: “era mi madre la verdadera carnalidad de mi padre, así como mi padre la verdadera carnalidad de mi madre” (Fernández Mallo, 2024: 237).

Fernández Mallo divide su obra en tres secciones: antes, después y absolutamente después (de la muerte de su padre). Estas fronteras divisorias son realmente desconcertantes, pues en todo momento sigue la misma estructura diarística y analéptica junto con sus variopintas reflexiones. El libro es una extraña simbiosis (pero no por ello incoherente) entre el relato biográfico y el ensayo filosófico. Hay una selección de información relevante y un descarte de temas que no procede abordar. Como ejemplo, sus experiencias amorosas quedan relegadas a un lugar sombrío e incierto, mencionando sigilosamente que se ha divorciado y que ahora tiene una relación con otra mujer. Más que una hagiografía personalista, el libro responde a la elegía dedicada al padre, quien va perdiendo progresivamente la memoria hasta la muerte, memoria que Fernández Mallo trata de desenterrar y fijar por escrito.

La presencia y ausencia del Padre es motivo universal desde que el tiempo es tiempo y Jesucristo trató de rebelarse hasta la claudicación contra Dios. El vínculo paternal, en ocasiones conflictivo, opresor y represivo según las tesis freudianas, es parte de una colectividad eterna: el padre es “el cielo protector sobre mi cabeza, y como todo cielo, aunque en ocasiones se revele tormentoso o injusto, también es protector” (Fernández Mallo, 2024: 105). El autor, desde el 25 de febrero de 2024 que manifiesta en las primeras líneas estar terminando de escribir la novela para iluminar *la cara oculta de la luna*, nos hace partícipes de la relación que tuvo con su padre, de lo que le provoca sentarse en su despacho ahora que ha muerto y revisar lo que estaba escribiendo y las fotos que conservaba, del momento en que van a una cafetería por primera y última vez, de las discusiones que mantenían un hombre de progreso decimonónico y un hijo que se abre a los vericuetos de la posmodernidad, entre quien piensa que la novela es “un ocio reservado para burgueses despreocupados” (Fernández Mallo, 2024: 20) y quien utiliza la novela para reconstruir su recuerdo, el *edificio enorme del recuerdo*.

Esta expresión la refería Marcel Proust en su (aún más) enorme y titánica novela de la memoria. Nadie tras él ha retomado una labor de tantas páginas. Fernández Mallo, minimalista, lo hace en menos de trescientas, pero perpetúa el

modelo proustiano en cuanto a memoria voluntaria e involuntaria: la aparición de sensaciones y estímulos a primera vista desconcertantes que, tras una indagación detectivesca en los suburbios de la mente, conduce a recuerdos y enlaces imprevisibles, una loca pero lógica propuesta de la memoria. La imagen de un avión cayendo en picado y ese paciente con un agujero desde donde se ve su cerebro, la garrapata extraída del pelo y su padre transportando cerdos en un avión por Estados Unidos, la muerte como contradicción y esa conversación entre Wittgenstein y Turing que leyó años atrás en una biografía... “A posteriori, las cosas cobran el sentido que queremos darles. La memoria es literatura o no es” (Fernández Mallo, 2024: 22).

Y, precisamente, como la memoria es un amigo traicionero y embustero y como “el tiempo espontáneamente reduce las cosas materiales, pero, en justa compensación, agiganta los relatos que hacemos”, (Fernández Mallo, 2024: 24) es necesario servirse de la fotografía para poner en orden tanto magma hilarante. La fotografía es una pasión que le transmitió su padre, quien a lo largo de sus viajes recoge instantáneas de la vida norteamericana y, ahora, Fernández Mallo trata de encontrarle un por qué a esa escena, a esa decisión, el motivo por el que su padre se fijó en una pareja lavando el coche o en un hombre y el niño descalzo. Es en un pie de foto donde descubre que su padre le había engañado respecto a la especie animal que había traído a Europa. “A fecha de hoy todavía constituye para mí un misterio” (Fernández Mallo, 2024: 89). Esta y otras muchas fotografías no tiene que imaginárselas el lector, pues vienen reproducidas *in medias res* entre el texto literario. Imagen y palabra se dan la mano para rearmar la vida y muerte de su padre.

Durante este camino, Fernández Mallo también nos deleita con su profusión filosófica y, a veces en sintonía con su padre, nos brinda pensamientos de una belleza y poesía inigualables. La tecnología siempre les ha interesado, el progreso de nuestro siglo, el ser humano entremezclado con dígitos y bits que ocasiona una crisis de identidad, “la pregunta «¿quién hay ahí?», formulada ante un rostro que conoces perfectamente, un rostro que puede que fue tuyo” (Fernández Mallo, 2024: 31). No en vano, por tanto, cita a Roland Barthes y su grado cero de escritura. En otro instante, durante una excursión a la montaña cuando era niño, Fernández Mallo descubre que su padre siempre le cuenta historias verosímiles, reales o inventadas, pero nunca fantásticas. A raíz de esta anécdota, el autor quiere detenerse “brevemente en este asunto referente al contenido y al modo de contar historias” (Fernández Mallo, 2024: 38), y tras una serie de reflexiones y divagaciones sobre osos sintiendo vergüenza y flores que dejan entrar el pico del colibrí, concluye que su padre le dio a entender “que los propios procesos naturales pueden constituirse en sí mismos materia de ficción” (Fernández Mallo, 2024: 39).

Así, finalmente, *Madre de corazón atómico* confluye en la literatura con mayúsculas, en la escritura si se observa desde el reverso, y en la ficción constante que permea nuestras irrisorias existencias. Fernández Mallo, que con una mente

científico-poética trata de explicar todos los misterios humanos, propone también su teoría respecto a por qué nos afanamos en escribir y contar cosas que nunca han sucedido: “escribir es haber muerto, solo la muerte pasa la vida a limpio y a esa distancia es capaz de reescribirla. Por eso es el escritor quien desde el mundo de los muertos narra el mundo de los vivos” (Fernández Mallo, 2024: 43).